



Queridos hermanos:

Todavía reciente el recuerdo de Don Pedro Escursell, a la escasa distancia de dos meses y medio, la muerte visitó por segunda vez este año nuestra querida casa de Rocafort. Ahora en la persona del hermano

PABLO HERNANDEZ VICENTE

La muerte le sobrevino después de larga y dolorosa enfermedad, vasculitis aguda. Los médicos ignoran la causa de esta dolencia, que tras provocarle graves lesiones cerebrales, le fue paralizando la mano derecha y le hizo perder el habla normal.

Moría el 11 de mayo de 1982, a las 10,30 de la noche.

Pablo era consciente de que la llamada definitiva de Dios podía surgirle en cualquier momento, dado que estaba expuesto a la eventualidad de una insuficiencia cardíaca: hacía tres años que le habían operado y colocado una válvula en el corazón. Vivía preparado, sin abandonar en ningún momento sus tareas ni su optimismo.

Desde enero acusó fuertes dolores de cabeza. Dada la persistencia de los dolores y en vista de que no mejoraba, a pesar de las curas de urgencia y el paso por la Residencia Príncipes de España, decidimos ingresarlo en la clínica Sagrada Familia. Allí permaneció una semana en manos de un equipo de doctores.

Tras un consejo médico se decidió internarlo en la Residencia Príncipes de España, donde ante la impotencia de los médicos, vimos cómo Pablo se iba acabando desde el 30 de marzo al 11 de mayo. El dolor y natural sentimiento de sus familiares impidieron que se le hiciera la biopsia de la cabeza, que permitiera a los doctores analizar las causas de la enfermedad que le había producido la muerte.

Son de agradecer las atenciones de los médicos, que ya desde el primer momento señalaron la extrema gravedad del enfermo por cuanto tenía lesiones cerebrales.

Sus hermanos —Antonio, Silvino, Miguel, María y Fidela— estuvieron presentes desde el 27 de marzo al 4 de abril, no haciéndose nada sin consultarles previamente y pedirles su parecer para todo paso o trámite. Su comportamiento y entereza estuvo a la altura de las circunstancias, siendo digna de reseñar la actitud de Fidela que se quedó durante todo el doloroso proceso de la crisis final. Fidela fue el testigo fiel, la inseparable compañera de Pablo hasta que la muerte nos lo quitó.

Asimismo los salesianos, todos ellos inmersos en las tareas de su apostolado o trabajo escolar, se desvivieron para acompañar a nuestro hermano, dedicándole sus horas libres y sus horas de sueño. Así se hizo realidad el artículo 122 de nuestras Constituciones: «Cuando un hermano se encuentra gravemente enfermo, la comunidad lo sostiene con la más intensa caridad y oración...»

SU CURRICULUM

Pablo Hernández Vicente, hijo de Félix y Catalina, nació el 25 de enero de 1936, hace 46 años, en Bargota, Navarra. Era el sexto de siete hermanos, cinco chicos y dos chicas.

Como a tantos de nosotros no le fue difícil seguir la llamada de Dios a través del vocero salesiano, que presentaba alegremente sugestiva la vida con Don Bosco. Si a ello añadimos el ambiente cristiano de las familias navarras y la autenticidad de las comunidades salesianas, comprenderemos el sentido de fidelidad a su vocación del que hizo siempre gala Pablo.

El aspirantado lo hizo en San Vicente dels Horts, el noviciado en Arbós del Penedés y su primera profesión el 16 de agosto de 1953, pasando de nuevo a San Vicente dels Horts para cursar ahora sus estudios de filosofía, en tres años, hasta 1956. Su trienio práctico, como maestro, lo realizó en el colegio San Juan Bosco de Horta.

Tras cuatro años de teología en Martí-Codolar, se ordenó de sacerdote el 3 de mayo de 1963.

Sus diecinueve años sacerdotiales los desplegó en tres casas, llevándose la primacía el Templo del Tibidabo. Estuvo un año de *simpático cura-clérigo* como entonces les llamábamos a los sacerdotes primerizos sin cargo, pero con un trabajo intenso según sabemos quienes hemos vivido tal situación. Lo pasó en Mataró.

Los 15 años siguientes los vivió en el Tibidabo, donde se entregó completamente a la Escolanía del Templo como maestro de canto, organista, educador y profesor. Fue la estampa del verdadero consejero: competente,

con un alto nivel de exigencia que daba a los muchachos gusto y calidad por el canto y las interpretaciones corales. Ellos le tenían respeto, pero le querían mucho porque se les entregaba totalmente.

Fueron 15 años plenos de trabajo e ilusión. Durante este período, sacó tiempo para obtener la licenciatura en Filosofía y Letras, especialidad en románicas-hispánicas, y para cualificarse en música, estudiando en el Conservatorio Superior de Música.

He conocido compañeros suyos, sobre todo directores de corales, que le conocerían en algún encuentro, y siempre me hablaron de su simpatía y de su saber hacer como director de coral. Quizá la simpatía era la nota dominante y que atraía a quienes se le acercaban por vez primera. Y es que también a Pablo le caracterizaba «aquel dinamismo juvenil, que se revelaba tan fuerte en nuestro fundador y en los orígenes de nuestra Sociedad» (Constituciones, 40).

Por último, desde hace dos años y medio se trasladó a esta casa de Rocafort, en donde ejercía como profesor y organista amén de sus actividades sacerdotales.

Como veis, el suyo fue un *currículum* sencillo, de poco trasiego, de pocos cambios de casa; pero fue suficiente para que los salesianos de toda la Inspectoría conocieran a Pablito y así lo llamaran, aunque nunca hubieran convivido con él. Con lo expuesto, y ante el retrato de tantos y tantos otros salesianos fieles, tenéis suficiente para haceros una idea de cómo debería ser Pablito; pero, aunque sea sucintamente, bien valdrá remarcaros alguna de sus características recordadas en la homilía de sus exequias:

ALGUN RASGO DE SU PERSONALIDAD HUMANA Y RELIGIOSA

«Pablo, Pablito, como le llamábamos los amigos, era firme, profundo, tímido, de una gran sensibilidad, que protegía con su, a veces suave, y otras sutil, ironía. Fiel a los amigos y amante de la Congregación, disponible en su actividad sacerdotal para todos, dotado con una prodigiosa memoria que manifestaba en muchas ocasiones. Crítico, pero consecuente. Con dos pasiones importantes: la música y la poesía. Un compañero me decía a este respecto: "se sabía Quevedo de memoria". Estas aficiones le ayudaban a templar su carácter jovial y a mostrarse, mientras la enfermedad se lo permitió, alegre y bromista con todos.»

Sufrió dos intervenciones del corazón. No perdió nunca su enteraza ni su estilo personal.

¿Qué decir de su definición salesiana? Si la resumimos en nuestro lema

trabajo y templanza, trabajo y oración, Pablito, sin demasiadas alharacas, fue un salesiano de cuerpo entero. Dos detalles: arrastrándose, con las pocas fuerzas que su enfermedad le dejaba, siempre quiso dar sus clases de literatura y de música. Los alumnos veían cómo casi se caía el libro de las manos de aquel hombre con vocación de trabajo hasta el último aliento. Y segundo detalle que nos explica cómo Pablo fue un hombre de oración: Su paso por el Tibidabo marcó en él una estimación especial por la Obra del Sagrado Corazón, que le llevaba todos los meses, más ahora, a subir dos veces por mes a la Adoración Nocturna.

Este era Pablo Hernández, el salesiano que nos ha abandonado a sus 46 años de edad, 29 de profesión y 19 de sacerdocio.

Ya sabéis que para Don Bosco (MB. 17, 273) cuando un salesiano moría con las botas puestas, al pie del cañón, trabajando por las almas, era un gran triunfo para la Congregación. Sin duda es así con Pablo; pero nuestra caridad de hermanos, porque le seguimos queriendo, nos exige una oración por él, que no le olvidemos, que «el recuerdo de los hermanos difuntos une en la «caridad que no pasa» a aquellos que son aún peregrinos con aquellos que ya reposan en Cristo» (Constituciones, 122).

Acordaos también de esta comunidad, que ha sido visitada dos veces por la muerte en este año. Que el ejemplo de quienes nos han precedido nos sirva de estímulo para realizar el apostolado salesiano entre las gentes que Dios ha puesto en nuestras manos.

LUIS LOPEZ ALLO